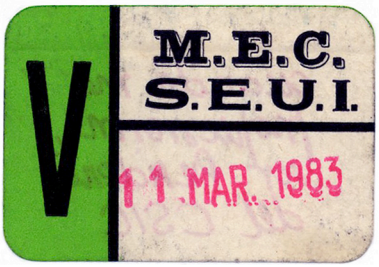
50 J. Elguero,
«En poco tiempo aprendí mucho», **2007**

Elguero Bertolini, José (28.03.83-17.05.84)

El 11 de marzo de 1983 (un viernes por la mañana) recibí una llamada de Alfredo Pérez Rubalcaba diciéndome si podía pasar por la Secretaría de Estado de Universidades e Investigación. Como bastaba cruzar el patio, llegué enseguida y previo control a la entrada subí a reunirme con Alfredo y con Carmina Virgili (a la que luego frecuenté en sus años de Directora del Colegio de España en Paris). Me explicaron que a pesar de sus deseos, Alejandro Nieto, al que consideraban un excelente Presidente del CSIC, no quería seguir en ese puesto y que tenían que proponer rápidamente otra persona. Entre la sorpresa total, la emoción de tan alta distinción (¿la vanidad?) y un cierto sentido de estar al servicio del estado, acepté sin pensarlo demasiado.



Yo, como quien dice, acababa de volver de Francia (Enero 1980) después de estar allí casi veinticinco años. Mi conocimiento del país, del gobierno (el primero de Felipe González) y del CSIC era escaso. Afortunadamente, Emilio Muñoz conocía todo eso sobradamente (nos habíamos conocido preparando el borrador de la "Ley de la Ciencia" – *Ley de Fomento y Coordinación General de la Investigación Científica y Técnica*, abril de 1986 –en la calle Cartagena con Eugenio Triana, Arturo García Arroyo, Armando Albert,…) y sugirió los nombres de tres vicepresidentes y de un secretario general. Fue un gran acierto y mucho de que se hizo bien durante mi corto mandato a ellos es debido: Manuel V. Dabrio Bañuls (Sevilla, 1938), Jesús Sebastián Audina (Zaragoza, 1941), Javier López Facal (La Coruña, 1944) y Salvador Meca Gómez (Cartagena, 1952) sin olvidar los dos Vicesecretarios Generales, Ángela Santamaría y Gustavo Monge ni a personas tan afines como Teresa Madurga y Uxio Labarta.

De los primeros días recuerdo la entrevista con Alejandro Nieto explicándome que ya no tenía nada que aprender de la administración del CSIC y que empezaba a aburrirse y con el Ministro de Educación y Ciencia, José María Maravall, por el que siempre he sentido una gran admiración lamentando haberle conocido tan poco. Para mi ha sido y es una de las mentes más lúcidas de este país.

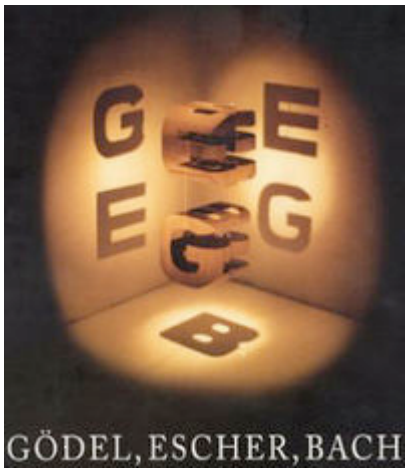
Luego una serie de imágenes inconexas y desordenadas: el homenaje a Enrique Moles con Javier Solana, los congresos de historiadores con Rumeu de Armas (que acaba de fallecer), los Acuerdos-Marco con muchas universidades y autonomías, las grandes instalaciones –los telescopios de Granada y Canarias – … Unos meses que pasaron muy deprisa con sus alegrías – El Ventorrillo – y sus momentos difíciles. El grato recuerdo de limpiar con Jaime Lissavetzky y Alberto Sánchez Álvarez-Insúa los laboratorios del Instituto de Radioactividad de la calle Amaniel (las balanzas recuperadas aún decoran los pasillos de la Presidencia, espero que no sigan siendo muy radioactivas, en todo caso los tres "limpiadores" nos encontramos bien).

La idea que todos compartíamos era muy sencilla "todo para la investigación", en ciencias humanas y experimentales. Dentro de ese paradigma, emprendimos acciones para "recuperar" a Mario Bunge (con la total colaboración del que luego sería célebre embajador, José Luis Pardos) y a Mariano Barbacid (si, ya entonces), impulsamos la creación de un Instituto de Filosofía convencidos por Manuel Reyes Mate de su absoluta necesidad y la ayuda a la *Revista Matemática Iberoamericana*, al cabo de unas pocas conversaciones con nuestro buen amigo Antonio Córdoba.

Hace casi veinticinco años el discurso del nuevo presidente refleja las inquietudes de entonces: el problema de la posible transferencia del CSIC a las comunidades autónomas, el excesivo número de Institutos, la carencias en capacidad de cálculo, … De algunos ya no se habla (pero sólo están dormidos), otros han sido resueltos (aunque haya cada vez más Institutos que no pertenecen al Consejo), algunos siguen sin resolver,…

Quedan, ya parte del CSIC, las Jornadas de Puertas Abiertas, la creación de un Centro Nacional de Biotecnología, un Convenio del Personal Laboral avanzado, y otras muchas cosas que el Consejo hubiese hecho con uno u otro presidente.

Como todos los Presidentes que pertenecen al organismo he seguido involucrado en su gestión. Especialmente durante los años de la Junta de Gobierno, desde mi nombramiento por José María Mato (29 de enero de 1993) hasta mi cese por Cesar Nombela (13 de septiembre de 1996). Eso me ha dado una triple perspectiva del CSIC, si se incluye la más larga, como simple investigador. Me recuerda esos objetos que siendo únicos, difieren según desde donde se las mire. A mi me ha servido para ser más prudente en las críticas.



En resumen: poco tiempo pero apasionante. Y muy enriquecedor.